

cimiento del papel fundamental que tiene la tradición medieval traída por los europeos, en el siglo XVI, en la configuración de gran parte de ellas, pero sobre todo en aquellas que corresponden a los pueblos indios y a los sectores urbanos marginales. De hecho, el historiador Luis Weckmann ha señalado el florecimiento de la cultura medieval en la sociedad novohispana, cuando en Europa desaparecía, a tal grado que actualmente somos más “medievales” que los propios españoles (Weckmann, 1996: 21). Esto es bastante evidente en la cultura de los pueblos indios, aunque con las particularidades que le impone la tradición religiosa mesoamericana en cada región específica, en una diversidad que escasamente podremos reconocer y comprender si acudimos a los tradicionales conceptos de “sincretismo” o “religiosidad popular”.

Tres son los orígenes con los que se forja la religiosidad que surge desde el mismo siglo XVI y moldea a la sociedad que está en proceso de configurarse. Por una parte encontramos el discurso milenarista que establecen y difunden en su acción proselitista las órdenes religiosas que llegan con los conquistadores españoles, principalmente los franciscanos, los dominicos y los agustinos, a los que se incorporan posteriormente los jesuitas. No sólo las creencias que expresan y difunden tienen ese marcado carácter milenarista, también lo hacen las instituciones que fundan y la orientación política de sus actividades, tanto en relación con la organización de las comunidades indias como en la constitución misma de la nueva sociedad que emerge.

La reconquista, lograda en una lucha secular contra los árabes invasores, provee de un fuerte espíritu religioso y una acentuada experiencia militarista